

Leer y escribir es un derecho de todos

Experiencias de formación de lectores en barrios marginales

“Y si la lectura incita al espíritu crítico, que es la clave de una ciudadanía activa, es porque permite un distanciamiento, una descontextualización, pero también porque abre las puertas de un espacio de ensañación en el que se pueden pensar otras formas de lo posible.”

Michèle Petit (1)

Abrir la puerta...

Las estadísticas de los organismos internacionales dedicados a la protección y desarrollo integral de la infancia como UNESCO o UNICEF, informan cada día de que la desigualdad de oportunidades entre quienes pueden elegir y los que no pueden se ha acrecentado. Y de los seres humanos que viven situaciones de precariedad, produce espanto saber cuántos niños y niñas no tendrán nunca la posibilidad de elegir sus destinos. Si los niños y niñas son sujetos de derecho, es lamentable comprobar cada día que esto no se cumple y que miles de bebés crecen en la desprotección sanitaria, hambreados muchas veces, impotentes por su fragilidad para proveerse de aquello que es indispensable para sus vidas.

Todos somos responsables, porque la ética no debe ser una proclama académica, sino un ejercicio ciudadano de defensa de los derechos humanos, y en este contexto que nos reúne como especialistas abocados a mejorar las condiciones de vida de la niñez, no podemos caer en la tentación de encerrarnos en un espacio de certezas teóricas, si no que debemos hundirnos como profesionales en el terrenal espacio del sufrimiento y el hambre.

En Argentina, los niños y niñas que habitan barrios marginales y atraviesan grandes sufrimientos durante su crecimiento, son motivo de preocupación de organismos gubernamentales y de sectores profesionales dedicados a la infancia y la juventud. Con el apoyo de la UNESCO se ha intensificado la tarea de las instituciones públicas y privadas para crear estímulos allí donde la carencia es más grave.

La licenciada en Ciencias de la Educación Patricia Redondo aporta estas reflexiones en su libro *Escuelas y pobreza* editado a fines de 2004:

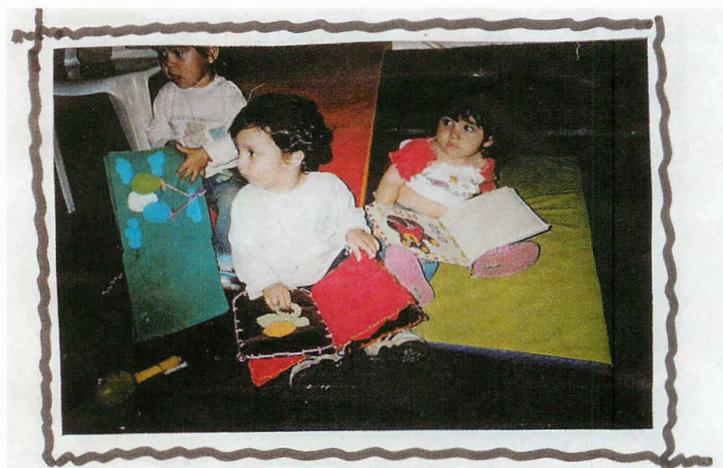
“El hambre, la violencia estructural de un sistema de exclusión, los asesinatos, persecuciones y sospechas que se ciernen sobre los niños y adolescentes empobrecidos y marginalizados oscurecen los senti-

dos de la escuela y las motivaciones de los docentes para ir cada día a la escuela. Sin embargo, la paleta de colores de este presente histórico al que pertenecen también las escuelas en contexto de pobreza provoca nuevas vibraciones e intensidades que, a pesar de tanta opacidad, nos permiten pensar en aquello que está por venir” (2).

Pensar en lo que está por venir, nos exige prestar atención no solamente a los niños y niñas sino también a sus familias, fortalecer a las madres y a los padres para que cuiden a sus hijos, no los envíen a mendigar, y busquen junto a ellos formas de convivencia familiar basadas en la confianza de poder salir de su situación de marginalidad. La instalación de espacios destinados a la lectura y producción escrita para las familias, es una tarea reparadora y que puede contribuir a la construcción de nuevas representaciones de mundo que posibiliten los emprendimientos solidarios, y el desarrollo de una cultura de la paz y el respeto por los otros.

Leer, pensar, volver a creer...

El compromiso expresado por el actual gobierno nacional de hacerse cargo responsablemente de los





que menos tienen, ha permitido la puesta en marcha de proyectos del Ministerio de Educación de la Nación y la Secretaría de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, para llevar a cabo programas de estimulación a la lectura destinados a las familias de los alumnos de nuestras escuelas.

Entre las experiencias realizadas resulta de extrema riqueza la que se llevó a cabo en el Jardín Maternal N° 5, ubicado dentro de un asentamiento conocido como Ciudad oculta, o Villa 15, aunque su verdadero nombre es Barrio General Manuel Belgrano. Se trata de un barrio periférico de la ciudad de Buenos Aires.

El surgimiento de Villa 15 data de 1937, cuando fue poblada por obreros del Mercado, de Ferrocarriles y del Frigorífico Lisandro de la Torre. Su designación como Ciudad oculta se debe a que durante el Mundial de Fútbol de 1978, la dictadura militar instaurada en Argentina en el período 1976-1983, construyó un paredón para ocultar la villa de la vista de los visitantes extranjeros.

En las 3,5 hectáreas que ocupa el barrio viven unas 5.000 personas, agrupadas en 1.272 familias. El 63% de la población es de origen argentino. Del 37%



restante el porcentaje mayor corresponde a migración paraguaya. El nivel de escolaridad es significativamente menor al resto de la población circundante: sólo el 58% terminó sus estudios primarios. Estos datos en la actualidad se han modificado velozmente desde comienzos del 2002, por un aumento considerable de nuevas viviendas asentadas en los bordes de la villa (3).

La creación del Jardín Maternal N° 5 en septiembre de 2002 significó para las familias de Ciudad oculta la posibilidad de albergar allí a sus niños entre dos meses y tres años durante sus horas de trabajo. La pequeña escuela, pintada de blanco, con su correspondiente bandera argentina, simbolizó la presencia del gobierno nacional en un contexto en el que no se esperaba gran cosa de las autoridades. El equipo directivo y las docentes fueron consultadas antes de su designación y comenzó entonces una gran aventura: educar en la marginalidad y el riesgo.

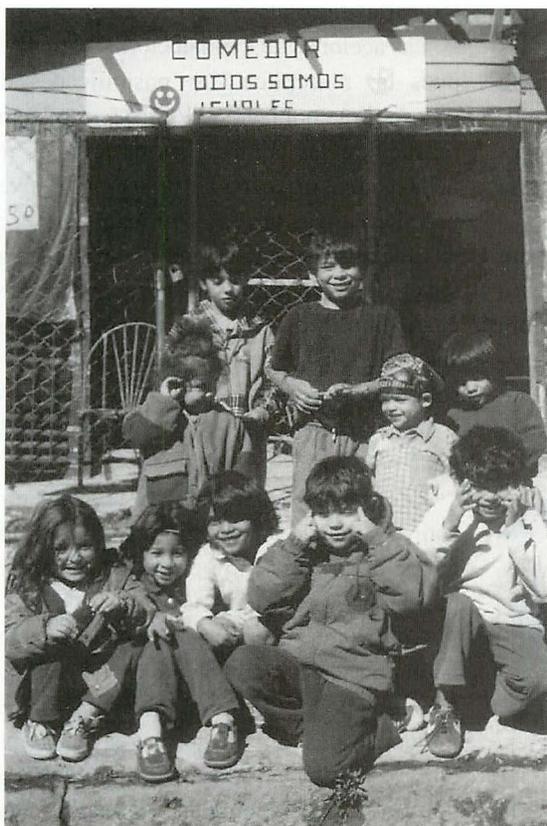
Una de las tareas planteadas fue la instalación de una bebeteca con hermosos libros de imágenes para el uso de los niños, ubicados en una sala exclusivamente destinada a ellos. En esta tarea colaboraron fielmente un grupo de madres designadas como "ayudantes de sala". Reciben un subsidio del estado porque no tienen trabajo estable, y su responsabilidad en este caso consistió en colaborar con la organización de la Bebeteca y garantizar que los libros no quedaran en los estantes. Recibieron un curso de capacitación sobre el tema y luego tomaron la tarea de clasificación y ordenamiento. Se mostraron muy interesadas en algo que era nuevo en su historia: leerles a sus hijos.

Esto generó un intenso movimiento interior en casi todas ellas, un entusiasmo con el que no se había contado al comienzo: se constituyeron en madres lectoras, ávidas de tener esos bellos libros en sus manos, y claro, luego también en sus casas. En este punto surgieron temores por parte del personal de la escuela, desconfianzas acerca de si los libros serían o no devueltos. Y aquí hubo que tener mucha paciencia con los docentes hasta convencerlos de que estas madres no se robarían los libros y que la pobreza no necesariamente conduce al robo. Recién a mediados del 2004 se logró establecer un sistema de préstamo domiciliario, y para los más descreídos hubo una lección de vida: no se perdió ningún libro de los que circularon en las casas de los 76 bebés inscritos en la escuela.

Paralelamente el deseo de leer otros libros, es decir, libros para "grandes" fue encendiendo la idea en las madres de tener su propia biblioteca. La idea surgió con naturalidad, como casi siempre nacen las buenas ideas, pero el factor económico apareció como un obstáculo, ya que no estaba previsto en el

presupuesto de la institución una biblioteca para adultos. Los prejuicios jugaban un papel destructivo porque la creencia de que “esta gente” solamente se conforma con una bolsa de comida y un paquete de pañales, no permitía el verdadero apoyo institucional al pedido que sonó al comienzo como poco creíble. Los que tuvimos la felicidad de participar en este parto debimos demoler sistemas casi fundamentalistas acerca de qué tipo de gente es la que quiere leer y cuál no. Y triunfamos: todos quieren leer, aunque apenas tengan para su comida diaria.

Al promediar el año 2003 una de las colaboradoras, la señora María del Carmen Bolorinho, habitante de la villa desde hace casi veinte años, puso manos a la obra y consiguió maderas para los estantes, convencida de que una verdadera biblioteca tiene que tener los libros a la vista. En pocas semanas en el aula destinada a la bebeteca surgieron luminosos, aunque vacíos, los estantes. La imaginación y la buena voluntad, hicieron lo demás. Se obtuvieron donaciones de libros nuevos y de libros viejos, novelas, libros de arte, de filosofía, de cocina, de artesanías, manuales escolares y libros de cuentos para los hermanitos de los bebés.



Colaboraron en la empresa algunos escritores de literatura infantil, como Esteban Valentino, Claudia Sánchez y Sandra Comino. Ellos aportaron un aspecto de fundamental importancia en el proyecto: la mayoría de las familias declaró no haber visto ni escuchado en toda su vida a un escritor. La presencia

de ellos, leyendo sus textos, les otorgó linaje humano, ciudadanía.

La inauguración fue una fiesta popular, con títeres, músicos, narraciones, palabras cálidas en boca del flamante padrino de la nueva biblioteca, el autor Esteban Valentino. El nombre tuvo también una carga simbólica, nació de una votación entre las familias de la escuela y se acordó Biblioteca Manuel Belgrano, como recordatorio significativo del verdadero nombre del barrio y como expresión de deseo, para que, en un futuro, sea justamente un barrio y no una villa pobre, de casitas precarias, con mucho frío en invierno y mucho calor en el verano.

En el 2004 se continuó avanzando hasta lograr incluir también un proyecto de producción escrita que fuera lo suficientemente amplio como para dar cabida a los que escribían un poquito y a los que escribían bastante. Las madres del jardín maternal fundaron un periódico que lleva el sugestivo nombre *Las mujeres triunfantes*. La publicación reúne por ahora modestas escrituras que ponen de manifiesto el irresistible deseo de crecer, de leer y escribir como los demás, los otros ciudadanos que viven en condiciones de vida más humanitarias.

Y vamos por más. Al concluir 2004 se dejó en preparación el proyecto Bibliomóvil Manuel Belgrano. Como símbolo de este mundo cartonero, el transportador de libros a domicilio será un carrito de supermercado, de los que utilizan habitualmente las familias pobres de la ciudad para recoger cartones y desperdicios de las basuras. Pero este carrito llevará libros a todas las casas, abrirá puertas cerradas por la falta de estímulos, construirá en la mente y el corazón de los habitantes del barrio la esperanza de un mundo más justo, menos cruel. ☒

Lidia Blanco

Especialista en Literatura Infantil y Juvenil. Docente universitaria en la UNBA, profesora capacitadora en el nivel inicial, primario y medio en la Secretaría de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires desde 1990. Ha compilado *Los nuevos caminos de la expresión*. Argentina: Ediciones Colihue, 1990, y es autora de *Literatura infantil. Ensayos críticos*. Argentina: Ediciones Colihue, 1992.

Notas

- (1) PETIT, M.: *Nuevos acercamientos a los jóvenes y a la lectura*. México: Fondo de Cultura, 1999.
- (2) REDONDO, P.: *Escuelas y pobreza. Entre el desasosiego y la obstinación*. Argentina: Paidós, 2004.
- (3) La información que se incluye en el presente artículo se obtuvo del libro *Cultura popular y participación social*, de la profesora María Teresa Sirvent, quien realizó su trabajo con la colaboración del Club Nueva Chicago, la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, el CONICET y la OEA. SIRVENT, M. T.: *Cultura popular y participación social*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Miño y Dávila Editores, 1999.